



# LUIS LANDERO

El balcón en invierno

LUIS LANDERO  
EL BALCÓN EN INVIERNO

M A X I  
TUSQUETS  
EDITORES

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

1.<sup>a</sup> edición en colección Andanzas: septiembre de 2014

1.<sup>a</sup> edición en colección Maxi: marzo de 2016

© Luis Landero, 2014

Adaptación de la cubierta: Maxi Tusquets / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: Francisca y Luis hacia 1965. Archivo familiar de Luis Landero

Fotografía del autor: © Ivan Giménez / Tusquets Editores

Diseño de la colección: FERRATERCAMPINSMORALES

Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S. A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona  
[www.maxitusquets.com](http://www.maxitusquets.com)

ISBN: 978-84-9066-217-5

Depósito legal: B. 1.249-2016

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

*Printed in Spain* - Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

## Índice

1. No más novelas (Septiembre de 2013) .....	11
2. El sonido más triste del mundo (Septiembre de 1964) .....	29
3. Ningún libro en ninguna casa (Hacia 1950) ...	41
4. Demasiado padre para mí (Septiembre de 1964) .....	55
5. Huérfano de mundo (Hacia 1950) .....	69
6. Ignominia (Septiembre de 1964) .....	79
7. Grandes descubrimientos (1936-1939) .....	101
8. Breve viaje sentimental por mi biblioteca (2013) .....	109
9. Caprichos del azar (Primavera de 1969) .....	119
10. Las cuentas de la vida (Hacia 1940) .....	127
11. Farándula (1964-1969) .....	135
12. La emoción del viaje (Hacia 1950) .....	149
13. Los hijos de los hojalateros (Hacia 1950) .....	159
14. Mundo mágico (Hacia 1950) .....	169
15. Una mano amiga sobre el hombro (1969) ...	185
16. Vidas oscuras (1925-1940) .....	197
17. Elogio del cubil (Hacia 1950) .....	213
18. Un grano de alegría, un mar de olvido (Marzo de 2014) .....	231

Ayer comencé a escribir mi nueva novela, y aunque al principio las cosas iban bien, e incluso me abandoné a deliciosos raptos de euforia por la facilidad con que despachaba los primeros compases del relato, luego, al apurar la tercera Mahou de la mañana y al leer de un tirón lo que acababa de escribir, y según leía, me fui poniendo cada vez más y más triste, hasta que al llegar al final me sentí profundamente abatido, como nunca en mi ya larga vida de escritor.

Tranquilo, me dije, me aconsejé, no seas ingenuo, no te dejes vencer por el pesimismo antes incluso de empezar la batalla, ¿o es que no te conoces? Ya verás como mañana, o quizá dentro de un rato, lo que hoy es horrible te parecerá maravilloso, y luego volverá a parecerte horrible y luego otra vez maravilloso, hasta que al fin te resignes a lo inevitable, porque esas son las reglas disparatadas de este oficio. Así que respiré hondo y volví a leer lo escrito, esta vez más despacio y con la mirada más distante y ecuánime:

Las armas de fuego siempre habían ejercido sobre él una oscura atracción. Muchas veces había pensado que

con una pistola en el bolsillo, aunque fuese una de esas para señoritas, que parecen de juguete, hubiera sido otro hombre, más seguro de sí, más capaz de sustentar las miradas ajenas, otros andares, otra filosofía, otra manera de callar, otro modo de ser. Incluso no le tendría ya miedo al dolor ni a la muerte, ni a los desengaños propios de la vida, porque en el bolsillo llevaría a todas horas la mejor medicina contra ellos. Y esto ya desde muy joven.

Y ahora tenía cincuenta y ocho [sesenta y tres] años, estaba recién jubilado, y además de la pistola [¿una Smith Wesson o una Gluck del siglo XIX, o cualquier otra más moderna que consigue en el bar Asturias?] llevaba siempre 10 euros para limosna en los bolsillos, 5 en monedas (dos de 1 y seis de 0,50), y el resto en un billete de cinco. En el bolsillo izquierdo del pantalón guardaba las monedas de 0,50, en el derecho las de 1 euro, y en el bolsillín superior de la chaqueta el billete de cinco. En cuanto a la pistolita, pensó primero en inventar un mecanismo para llevarla oculta en la manga de la chaqueta y desenfundarla en un visto y no visto, como los antiguos tahúres del Misisipi, pero finalmente optó por hacerse una funda de cuero y esconderla debajo del calcetín derecho, asegurada al tobillo con una fuerte goma elástica. Con su pistola y sus limosnas se sentía un hombre sereno, ponderado, secretamente poderoso, capaz de juzgar a sus semejantes y de premiarlos o castigarlos, si llegaba el momento, según su particular y justo parecer. Y eso que el arma la había adquirido como cosa de capricho en una tienda de antigüedades, y aunque la engrasaba a menudo y disparaba en seco para asegurarse de su funcionamiento, aún no la ha-

bía probado con fuego real, en parte por miedo de que no funcionase y en parte por no gastar ninguna de las seis balas que el anticuario le había proporcionado. Eso sí, tanto en casa como en la calle, la tenía y llevaba siempre cargada, con el seguro puesto, y por las noches se sentía más a resguardo durmiendo con ella bajo la almohada.

Las mañanas las dedicaba a ver la televisión (series de dibujos animados y debates de actualidad), a chatear (foros políticos y eróticos), a hacer prácticas de tiro (agacharse y subirse la pernera del pantalón, deslizar la mano bajo el calcetín, desenfundar, quitar el seguro, amartillar, apuntar y disparar, todo en un único movimiento mecánico [¿ha visto *Taxi driver*? Psss]), a las tareas domésticas, al bricolaje, y poco más. Almorzaba un pedazo de pan del día anterior tostado y untado con ajo y aceite, a media mañana hacía un tentempié de tres nueces y dos rábanos crudos, y comía siempre en casa, casi siempre sopa de cebolla y pollo asado o calamares fritos, y de postre una pieza de fruta.

Por las tardes, después de la siesta, salía a dar un largo paseo por la ciudad. Siempre iba limpio, bien afeitado y bien vestido. A veces iba por Cuatro Caminos hasta la plaza de Castilla, otras tiraba hacia la Puerta del Sol, o hacia el Manzanares, o se desplazaba hasta las barriadas del extrarradio, aprovechando su abono gratis de transporte [¿tienen los jubilados ahora abono gratis de transporte? Preguntar a mi madre o en el bar Asturias].

Y lo que más le gustaba o le atraía en sus paseos, era fijarse en los mendigos. A veces se paraba largamente a observarlos. Sabía que entre ellos hay muchos mixtifica-

dores e impostores, los holgazanes, los borrachuzos, los que se hincan de rodillas sobre el duro pavimento con la cabeza gacha y los brazos en cruz (algún mecanismo ocultarán bajo las mangas para resistir tanto), los viejos, y algunos incluso muy viejos, que disfrutaban de una pensión pero que aun así, y por pura ansia, se dedican a mendigar y a rebuscar en las papeleras y contenedores y a hacer cola en los comedores sociales y a disputarles las sobras de los supermercados a los hambrientos de verdad, los que se inclinan servilmente y te acosan con sus quejumbres y zalamerías y haciendo sonar ante tu rostro, como un hechicero sus sonajas, un par de monedas de cobre en un sucio vaso de plástico, los histriones que quieren contarte, venderte, el folletín de sus calamidades, los que portan un cartón basto de embalaje donde con mala letra y algunas calculadas faltas de ortografía, y en audaz síntesis, dan fe de sus miserias, los pacíficos negros africanos que venden *La Farola* (de todos, estos son los que más garantía y simpatía le ofrecen), y hasta los tullidos, porque hay tullidos que fingen o exageran sus averías, tullidos profesionales, y hay otros que, aun siendo tullidos de verdad, y con deformidades que parecen sacadas de una pesadilla o de una película de casquería de serie B, no por eso dejan de ser unos farsantes, o instrumentos de alguna mafia centroeuropea, que se enriquece a sus expensas y a costa de los buenos sentimientos de la gente de bien. No, no todos los mendigos, ni muchísimo menos, son dignos de confianza, merecedores de piedad. De hecho, a veces daba una limosna de 0,50, o incluso de un euro, y muy raramente —un arranque incontrolable de emoción



donde se confundían la solidaridad y el amor propio—, el billete de cinco, pero más a menudo regresaba a casa con los diez euros íntegros en los bolsillos. En general, le parecía que el hombre no es una especie de fiar.

Un día, intrigado por el misterio que rodea a ciertos mendigos, y a uno en particular al que venía estudiando desde hacía tiempo, decidió seguirlo [¿se disfraza de mendigo? No, demasiado novelesco] al final de la jornada para averiguar adónde iba y con quién se juntaba. Con su arma bajo el calcetín, no le tenía miedo a la aventura, y hasta se sentía atraído por el secreto placer del azar y del riesgo.

Este era, pues, el principio de la novela, y tampoco en esta ocasión me satisfizo la lectura. Ya en las últimas frases había vuelto a sentir la misma tristeza y el mismo abatimiento de la primera vez. Por un lado, me asqueaban mis propias palabras, que un rato antes habían comparecido ante mí llenas de novedad y de vigor, y que ahora me sonaban falsas y artificiosas, como si yo fuese aquel mendigo que agita y hace sonar su vasito de plástico ante el lector, implorando la limosna de su admiración. Y por otro lado, de pronto se me representó con total y desolada nitidez lo que habría de ser mi vida en los próximos años. Dos, tres, cuatro, quizá hasta cinco años, sentado en esta mesa, ante este atril —las cervicales—, rodeado de plumas y lápices, de cuadernos, agendas, cartulinas, folios para sucio, papelitos con notas tomadas al vuelo, latas aplastadas de Mahou, rachas de júbilo y momentos de an-

gustia, y siempre a vueltas con el jubilado y sus andanzas, mientras afuera, tras el balcón, florecería y se marchitaría la acacia, perdería sus hojas, y el viento arrastraría alguna hasta mi mesa como advertencia más que como ofrenda, y enfrente, en el inmueble del otro lado de la calle, la vertiente de un tejado con chimeneas y claraboyas y bohardillas, algún gato, balcones con bombonas de butano y alegres macetas de geranios, y a veces una violinista que se mece de pie ante un atril con gracia de arlequín, al compás de la música. Eso es todo, ese es el panorama que llevo viendo durante años desde mi puesto de trabajo.

Y, mirándolo ahora una vez más, me pregunté, o más bien acudí en tropel un cúmulo de sensaciones que podría verbalizarse más o menos así: ¿Qué vida absurda es esta?, ¿qué vas a hacer con los años, quizá no muchos, que te quedan por vivir? Porque llevo escribiendo desde la adolescencia y ahora soy casi viejo, ya pueden verse las primeras sombras del crepúsculo al fondo del camino. Pronto empezarás a oler a viejo, pensé. Estás en una edad en que las balas pasan cerca y, con suerte, podrás escribir aún otros dos, tres, cuatro libros quizá. Y siempre aquí, junto al balcón, junto a la acacia, y al fondo la estampa inalterable del inmueble vecino. Por si fuese poco, a veces caigo en la tentación de pensar que a mí en realidad no me gusta escribir, que a mí lo que me hubiese gustado es una vida de acción, y que todo esto de la escritura es el fruto de un espejismo, de un malentendido vocacional que se originó allá en la adolescencia, y que

por tanto he equivocado mi vida y, a fin de cuentas, la he desperdiciado. La literatura me ha llevado además a estudiar filología y a ser profesor de literatura, a casarme con una filóloga, también profesora de literatura, a tener amigos filólogos, a abarrotar la casa de libros literarios, a rodearme de un modo casi enfermizo de plumas, de lápices, de sacapuntas, de cuadernos de todos los estilos y tamaños, de ingentes cantidades de papel. De adolescente soñaba con haber sido pistolero en el Lejano Oeste. Ahora cambio los cartuchos de tinta de la estilográfica con la misma rapidez y destreza que si recargara el revólver en una refriega contra los comancheros. Esto es lo que pienso en algunos momentos, mientras me quedo con los ojos suspensos en el aire.

Ya al anochecer, a veces se enciende la ventana de la violinista, tan joven, tan esbelta, y la enmarca en su rectángulo de luz como si fuese algo mágico, la silueta traviesa de un duende proyectada sobre el espacio irreal de un ciclorama. Cuando se cansa de tocar o hace una pausa, apaga la luz de la habitación y sale a fumar al balcón.

Entonces, al ver desde mi sillón de viejo enardecerse y palidecer en la oscuridad la brasa del cigarro, a veces siento una nostalgia llena de hondos pesares. Es nostalgia y pesar de la juventud, de la belleza, de la acción, de todo cuanto sucumbió al tiempo, pero también de lo que no llegó a vivirse, de los alegres decires nunca dichos, de las correrías nunca emprendidas, de los amigos que no tuve, del amor apenas

entrevisto, de la vida dilapidada en vano, y de lo breve e ilusorio de los ahoras, de los mañanas y de los entonces, y de todo este pobre negocio de años y de afanes de que está hecha la vida.

Y esa misma nostalgia fue la que sentí al leer el inicio de mi nueva novela. La última la publiqué hace ya casi un año y durante este tiempo me he dedicado mayormente a navegar por Internet. He aprendido muchas cosas tan inútiles como curiosas, como por ejemplo cuáles son las patatas más caras del mundo y por qué son tan caras, la potencia en caballos de los grandes trasatlánticos, las andanzas del cocodrilo Gustavo, que se ha papeado ya a doscientas personas, que en Singapur está prohibido masticar chicle, que las hormigas nunca duermen, modelos de pequeñas pistolas, tipos de mejillones de agua dulce, tarifas y usos de mujeres famosas españolas que al parecer no le hacen ascos a la prostitución...

Cosas así. Y de tarde en tarde me decía: ¡Qué! ¿Cuándo vas a ponerte a escribir? Pero yo estaba reñido con la literatura, saturado de ficción, y hasta los buenos libros me aburrían. Así que, incapaz de escribir ni leer, engolfado en el ordenador por las mañanas y ante el televisor por las tardes, la culpa se fue apoderando poco a poco de mí. Hasta que un día al fin me puse a darle vueltas a una historia que me rondaba vagamente desde hacía tiempo, y en menos de un mes armé un esbozo con todas las piezas del relato, argumento, acción, trama, personajes, tiempo y espacio, de modo que ya solo quedaba comenzar a escribir.

Inventar y estructurar me resulta fácil y divertido, casi un juego de niños, y ojalá que la literatura consistiera únicamente en eso, pero escribir ya es otro cantar. Escribir es lo más creativo, lo más gozoso, el soplo que da vida a las figuras aún inertes, lo que sería en el cine poner la cámara en acción o tomar sus pinceles el pintor tras algunos bocetos, pero también es lo más delicado y lo más arduo. Yo siempre me acerco al atril con el temblor del enamorado primerizo en los albores de una cita. Y por querer, yo quisiera escribir como un niño a quien el hombre sabio y experimentado, con destrezas adquiridas en muchos años de soledad y de estudio, viene a rendirle pleitesía, a ofrecerle presentes, como si el niño fuese un rey caprichoso y tiránico, pero legítimo y único rey al fin. Tantas mañanas de escritura, tantos atardeceres de descansar la mejilla en la mano, los ojos escocidos de tanto leer... Qué sé yo, todo eso cansa, y a veces aburre y desanima... Pero el niño es incansable y juega sin parar, y cuando el sabio duerme con su camisón y su gorro con borla, el niño sigue jugando con botones y cajas de cartón que son ejércitos y reinos y batallas, poniendo en el mundo un orden nuevo, contando para sí las historias secretas que el ciego corazón le dicta. Así es como me gustaría escribir y así es como sueño que escribo en mis buenos momentos de inspiración.

Por lo demás, yo siempre he sido, y esto no parece que tenga ya remedio, un tipo inseguro, que descrea de sus cualidades y tiende a pensar que sus éxitos (un

notable en la escuela, una muchacha que lo quiere, un premio literario) son solo un equívoco, y que ya aparecerá alguien que lo desenmascare y lo muestre ante el público como lo que es: un impostor. Señores, he aquí al fullero, al ventajista, no se dejen engañar, vean el as que escondía en la manga, y vean que lo que parecía talento es solo habilidad y algo de astucia. Con el tiempo, sin embargo, no es que me haya curado, pero el mismo convencimiento de que mi inseguridad es incurable, y mi escepticismo, a veces sincero, respecto al éxito y al fracaso, me han ayudado mucho a soslayar, o a sobrellevar sin grandes apuros, esa querencia psicológica. Por otra parte, la propia escritura, a la que tanto quiero y temo, y la soledad y el amor innegociable a la libertad que este oficio requiere, me hacen a menudo fuerte, orgulloso, soberano y feliz. Señor de mí mismo. Mendigo que al tomar la pluma —varita mágica— despierta hecho rey, como en los cuentos populares. Pájaro que canta a su libérrimo albedrío en la silenciosa profundidad de un bosque.

Total que, pensada y planeada la historia, cargada de tinta la pluma, afilados a conciencia los lápices, despejada la mesa, numeradas las hojas, un día me atreví por fin a ponerme a escribir. Había esperado con secreto alborozo y no tan secreto temor ese momento. Es absurdo, yo no creo en Dios, y sin embargo, antes de acercar la mano al papel me hice sobre el rostro el garabato de la cruz. Es una superstición que tengo desde niño, cuando sí creía, y que no he

conseguido nunca erradicar. Eso, y alguna que otra morisqueta, es lo que queda de mi experiencia religiosa. Por ejemplo, cuando voy conduciendo, de pronto siento la necesidad —el tic— de soltar el volante y tocarme las manos y al mismo tiempo de guiñar un ojo y mirar con el otro un trozo de cielo que esté libre de toda señal de vida o de materia —si hay un avión, un pájaro o una nube, ya no vale el conjuro—, mientras rechino los dientes y arrugo la nariz, no lo puedo evitar. Es algo muy breve, un visto y no visto, y lo repito cada pocos kilómetros. Algún amigo me ha dicho más de una vez: Un día te vas a dar una hostia de campeonato, y todo por gilipollas. Pero el caso es que comencé a escribir y, la verdad, no hay tarea más gratificante que esta cuando las cosas salen bien, cuando la mente se te llena con la música del lenguaje, y las palabras y las imágenes acuden solícitas al reclamo de la frase y las frases fluyen sin tropiezo, una le pasa el testigo a la otra, como los corredores por equipos, o como futbolistas que combinan entre ellos amasando la jugada y madurando la ocasión de gol, dame, toma, suéltala, deja ya de chupar, desmárcate, ofrécete, abriendo a la banda...

Y así seguí, hasta que luego, al releer lo escrito, donde esperaba encontrar el fulgor de lo ardoroso y de lo nuevo, encontré solo baratijas sentimentales, remedo de antiguas emociones, rebañaduras de viejos festines, el brillo rutinario de algún hallazgo que proclamaba en sus pretensiones estéticas la insinceridad de lo que se escribe con oficio más que con devoción.

Y entonces, mientras miraba tras la ventana, me dije: ¡Oh, no, Dios mío, otra novela no, otra vez no! Otra vez el hombrecillo gris y sus grandes o pequeños afa-nes, no. Y me sentí de antemano cansado y aburrido de la ficción, de los trucos retóricos, de las frases bien hechas, de las expectativas bien urdidas, de las penosas dudas hamletianas ante un adjetivo o ante el cierre de un párrafo, de la música verbal que acaba siendo canto de sirenas... En mi oratorio de eremita, a estas alturas tan escépticas de la vida, todavía alguna vez me recorre la espalda un escalofrío de pánico. Son los sucesos, los ridículos espantajos que vienen a tentarme con la promesa de la gloria póstuma o la amenaza de un olvido atroz. Qué absurdo, qué absurdo es todo esto.

Y, además, ¿tantas fatigas para qué? ¿A quién van a interesarle en estos tiempos las pobres andanzas de un jubilado maniático con su pistolita y sus limosnas? ¿Es que no ves que hoy casi nadie lee novelas, o al menos novelas literarias, y que hay placeres y modos de entretenimiento, y ofertas de ocio en general, más fáciles, baratas e instantáneas, y que tú mismo durante estos meses te has entregado gustosamente a ellas, como un niño en una tienda de chuches, feliz quizá sin atreverte a confesarlo? Y no es que uno crea que la novela va a desaparecer, como tampoco desaparecerán el sueño o el recuerdo, que son las formas más divulgadas de narración, pero cada vez habrá menos lectores, y luego menos, y así poquito a poco hasta que se vean convertidos en una especie de secta, como los cristianos de las catacumbas.



¿Es ese el destino de la literatura? Y en cuanto al mío, a mi propio destino, el ya consumado, el de la vida ya vivida, o más bien malvivida, el tiempo ya usado y el que aún me queda por usar...

Pero aquí el pensamiento se me distrajo con los gritos de un grupo de niños con babis que corrían por la acera. Me quedé con la vista alelada en el aire hasta que los gritos se borraron en la distancia. Miré a la calle. Tres señoras con carritos de la compra y un viejo con bastón de paseo y sombrerito tirolés hablaban en corro, y hasta mí llegaban débilmente sus voces. Una joven alta y atlética con chándal y cascos de música pasó como flotando, sin que su larga melena rubia se alterase apenas con los saltos rítmicos de la carrera. Vi al dependiente de la tienda de alimentación que cruzó con su pedido al hombro, su media bata azul, sus andares chulapos, y que sin dejar de caminar giró la cabeza para ver alejarse a la joven y que luego saludó a los del corro con una broma, una frase ingeniosa y convenida, y quizá picante, a juzgar por las risotadas escandalosas con que le respondieron las señoras. ¿Qué más? Una patrulla de palomas de infantería avanzando a paso de carga por medio de la acera. El coloquio, los gritos, las risas, las carreras, el laborioso ir de unos y otros, el secreto latir de una ciudad en marcha. Estamos en plena crisis, pero mal que bien la vida sigue su curso mientras en las alturas el vendaval de la historia sopla con dureza.

Y entonces sentí, pero con una intensidad nueva y juvenil, lo que ya he sentido otras veces, que la vida

no está aquí, sentado ante un atril en la soledad de un cuarto y rodeado de libros y papeles, sino ahí fuera, en el bicherío de la calle, en la efervescencia de lo público, en la prontitud de la acción, en el limpio y humilde batallar de los días. Sí, como casi todos, lo he pensado más de una vez, pero nunca me había animado a más. Ahora, sin embargo, ante la imperiosa llamada de la vida, cogí un puñado de dinero, me puse mientras bajaba ágilmente las escaleras una cazadora de entretiempo y me eché al mundo, como el jubilado de mi historia.

Paseé por el barrio, sin alejarme de él, crucé palabras joviales con algún conocido, miré escaparates, comparé precios, compré unos higos, entré a tomar algo en el bar Asturias y me acodé al fondo de la barra, que parece la barra de un saloon del Lejano Oeste por la catadura bronca y solitaria de los parroquianos que se reúnen allí cada mañana, obreros todos en paro, gente con callo y mala leche, todos silenciosos y mal aseados, proletariado terminal que bebe licores baratos y escucha la tertulia política de la Cope, tosiendo, gargajeando, esperando a que algún portero de los alrededores venga a solicitar los servicios de alguno de ellos (luego ya arreglarán las cuentas por la intermediación), una cisterna, una gotera, una cerradura, un enchufe, una manita de pintura, cualquier chapuza que les permita perseverar en su ser y proseguir su camino hacia el apocalipsis prometido, y allí estuve un buen rato, porque ¿qué otra cosa sino aquel duro silencio con el guirigay de la tertulia política al fondo, aquel ambien-

te, aquellos hombres malencarados, era la vida en su estado más puro y actual? Tras un comentario político, alguien blasfemó, miró a los demás convidándolos a la blasfemia, hubo un gruñido coral y otra vez se hizo el silencio. Aproveché para salir y seguí caminando, observando, saboreando las primeras señales del otoño, ayudé a un ciego a cruzar la calle, di una limosna a un acordeonista, en un parque vi jugar a los niños, me senté en un banco, enredé un poco con el móvil, y al rato ya no supe qué hacer. No supe qué hacer.

¿Qué hago yo aquí?, me dije, y bostecé. Y al rato, ¿cómo he podido dejarme embaucar por el romanticismo pueril con que cantan estas otras sirenas? No, la vida no está aquí, y de estar en alguna parte está allí arriba, al menos para mí, en mi cuarto, junto a la acacia y ante el atril, entre mis cuadernos y mis libros y mi material de papelería, y en las palabras, y en la imaginación que, poca o mucha, me ha concedido la naturaleza, ese es mi mundo, a él me debo, y sólo en él me toca laborar.

Regresé primero despacio y después más deprisa, cada vez más deprisa, porque algo me espoleaba por fuera y me reconcomía por dentro, tiré los higos en una papelera, subí a trancos los cuatro pisos, fui derecho a la mesa y leí otra vez de un tirón, respirando atropelladamente, el arranque de la historia. Y no me pareció del todo mal. Pero, dudoso aún, intentando calcular si tendría o no ánimos y convicción para seguir adelante con ella, me quedé otra vez con la vista perdida en la calle, sin saber qué hacer o qué pensar.

Porque, si abandonas la novela, me dije, ¿qué haces? Es decir, ¿qué escribes? Porque no sabes vivir sin escribir. No sabes. ¿Algo de tu vida, quizá de cómo la fantasía y el lenguaje fueron arraigando en tu alma hasta que, casi sin darte cuenta, te convertiste en poeta, allá en la adolescencia? Pero eso, ¿será más fuerte y auténtico que la pura ficción? Vamos, vamos, ¿desde cuándo lo vivido, en literatura, es garantía de la verdad? ¿Y hasta qué punto el carácter imaginario de la memoria, y tu afición a la inventiva y al embuste, no te llevarán fatalmente hacia el derrotero de las patrañas novelescas? Con razón, ya de pequeño, todos decían de ti: Pero ¡qué mentiroso es este niño!

Y sí, es cierto que desde muy niño intuí que en general las verdades sencillas son poco creíbles, y desde luego menos que las mentiras complicadas. He sido profesor durante muchos años (ya estoy jubilado), y mis alumnos, que me conocían bien, si llegaban tarde a clase no contaban que se había retrasado el autobús, o cualquier otro pretexto inverosímil, sino una breve historia extravagante. Este era el pacto entre nosotros, y cuando alguien entraba a deshora en el aula, todos disfrutábamos de antemano de la invención que nos disponíamos ya a escuchar.

¿Qué hacer?, ¿dónde está en verdad la vida?, pensé, y me quedé así, dudoso entre las voces que llegaban de afuera y el rumor de las palabras escritas, que aún seguían resonando en mi mente.